

Una Guerra inacabada

JOSÉ UXO PALASI
General de Brigada de Infantería, DEM

“La primera pregunta es en qué consiste ganar la guerra”. Tal era la cuestión que planteaba en una de sus intervenciones parlamentarias, a finales del mes de enero de 1991, el presidente del Subcomité sobre Oriente Medio de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, Lee Hamilton.

Desde nuestro punto de vista, parece claro que al formular públicamente dicha pregunta -y más con carácter oficial- el ilustre político demostraba cumplidamente no frecuentar el conocimiento, más o menos directo, de los clásicos del pensamiento militar.

Porque ya en el siglo IV de nuestra era, el escritor latino Claudiano había resuelto por anticipado la Consulta que ahora planteaba Lee Hamilton ante la cámara de Representantes norteamericana. Claudiano señalaba que “sólo es vencedor el que fuerza al enemigo a darse por vencido”.

Al cumplirse el primer aniversario del fin de las hostilidades entre el Ejército iraquí y las Fuerzas Aliadas que se le opusieron después de la invasión de Kuwait, vale la pena lanzar al aire una nueva pregunta por nuestra cuenta: ¿Se dio Sadam Husein por vencido aquel jueves 28 de febrero en el que el presidente Bush anunciaba el alto el fuego en un discurso dirigido a la nación norteamericana y al mundo entero, pronunciado a las tres de la madrugada? (hora del Golfo).

La simple observación del desarrollo de los hechos ocurridos en las semanas inmediatamente posteriores al cese de las hostilidades podría provocar, en cualquier atento analista de los mismos, la aparición de grandes dudas sobre la supuesta situación de vencido en que debía encontrarse Sadam Husein, aparentemente por lo menos.

El aniquilamiento de los insurgentes chies en el sur del país y de los rebeldes kurdos en el norte, el aplastamiento inmisericorde en Bagdad de cualquier atisbo de oposición disidente, la recepción altiva, soberbia, provocadora y violenta dispensada a los observadores internacionales que acudieron a Iraq para comprobar la efectiva paralización de los trabajos de investigación relacionados con las armas nucleares que allí se habían venido desarrollando y que alcanzaron progresos espectaculares, son factores determinantes en que basar las dudas señaladas.

A estos aspectos concretos y muy notorios podrían añadirse otros que aparentan ser de tono menor pero que ayudan a componer el cuadro de una enigmática realidad: por una parte, el mismo día 28 de febrero en que se alcanza el cese de las hostilidades el partido Baas iraquí comenzó una campaña de propaganda para demostrar al mundo que Sadam Husein seguía siendo un líder querido por su pueblo y, por otra, se ordenaba la acuñación de medallas conmemorativas de la imaginaria victoria conseguida por los ejércitos del Iraq sobre las fuerzas coaligadas enemigas.

En el fondo de la cuestión puede encontrarse una paradoja que ha sido puesta de relieve por algún comentarista de prensa señalando que “cuando los americanos aparecieron al fin, detrás de su cortina de bombas, los iraquíes ya habían desaparecido detrás de su cortina de humo...”.

Podría ser del mayor interés el efectuar una revisión de los antecedentes.

LA CULMINACION DE UNA CRISIS

El mes de julio de 1990 se caracterizó por ir sucediéndose a lo largo

del mismo una serie de reuniones, conferencias y cumbres internacionales que intentaban situar sobre parámetros nuevos las múltiples cuestiones surgidas con motivo de haber finalizado, supuestamente, el tema de la guerra fría y desaparecido el peligro soviético. La OTAN se reunió en Londres el día 5; del 9 al 11 tuvo lugar la conferencia del Grupo de los Siete en Houston; la cumbre germano-soviética se localizó en Moscú el día 15; y la reunión del Dos más Cuatro se celebró en París el 17.

Paralelamente, las acusaciones formuladas por el presidente iraquí Sadam Husein en el sentido de que Kuwait y los Emiratos Arabes Unidos sobrepasan los niveles de producción petrolífera fijados por la OPEP provoca una situación de violencia verbal que obliga a convocar una sesión de emergencia de dicha Organización, el día 24, en Ginebra. La escalada de tensión demuestra ser imparable y en la madrugada del 2 de agosto las tropas iraquíes cruzan la frontera y entran en Kuwait, haciéndose rápidamente con el control del país.

Toda la actividad diplomática internacional se vuelca sobre la crisis surgida en el Golfo Pérsico y, en fechas inmediatas, los Estados Unidos deciden desplegar urgentemente tropas y aviones de combate en Arabia Saudí pasando a encabezar una coalición de países dispuestos a reivindicar el respeto al derecho internacional y oponerse por la fuerza de las armas a la agresión iraquí.

ESTADOS UNIDOS ANTE LOS PROBLEMAS DE ORIENTE MEDIO

Aparentemente, la acción ofensiva de Sadam Husein había sorprendido

a los Estados Unidos. Sin embargo, nada más lejos de la realidad.

Ya en el mes de agosto de 1989, el Secretario de Defensa Cheney había hecho presente al Presidente Bush que "los Estados Unidos serían infinitamente vulnerables ante un conflicto en la zona del Golfo Pérsico e incapaces de replicar". Una consecuencia inmediata de semejante preocupación fue el nombramiento del General Colin Powell para el puesto de jefe del Estado Mayor General y el encargo al jefe del CENTCOM, general Norman Schwarzkopf, de establecer un programa informático que considerara toda la problemática estratégica de la zona arábigo-persa.

En febrero de 1990, Schwarzkopf acudió a declarar ante la Comisión de las Fuerzas Armadas del Senado. Expuso crudamente que, "el fin de las hostilidades con Irán hace posible que Iraq recupere su pretensión de convertirse en líder del mundo árabe".

El plan informático fue perfeccionándose y completándose con la mayor urgencia. "Todo se tenía en cuenta: las cifras exactas concernientes a hombres y materiales, los métodos para encaminarlos, las necesidades de defensa aérea así como de agua potable y de alojamientos adaptados al desierto saudí, sin olvidar el conjunto de los sistemas de comunicación necesarios para coordinar la operación".

El 28 de julio de 1990, nuevamente tuvo ocasión el General Schwarzkopf de exponer sus trabajos ante un auditorio de excepción. Esta vez fue en el propio Pentágono y ante una audiencia formada por 350 oficiales superiores. El tema de su conferencia consistió en estudiar la supuesta invasión de un país del oriente Medio por uno de sus vecinos y las amenazas que esta acción podía conllevar para los intereses vitales de los Estados Unidos.

Sólo cinco días después Iraq invadía Kuwait. Estados Unidos estaba perfectamente preparada -por lo menos en teoría- para tomar la dirección de la alianza que se formaría automáticamente para rechazar esta agresión.

LOS OBJETIVOS DE ESTADOS UNIDOS

Si en el aspecto militar todas las previsiones habían sido estudiadas con detalle y a su debido tiempo, la reacción política ante la crisis del Golfo no era unánime. Desde el primer momento saltó a la prensa estadounidense una agria polémica entre dos personajes muy representativos de las Administraciones anteriores: Kissinger y Brzezinski.

Este último, antiguo asesor de Seguridad del Presidente Carter, opinaba que lo que estaba en juego, fundamentalmente, era la soberanía de Arabia Saudí y los precios mundiales del petróleo que ésta podía garantizar. A estos objetivos limitados correspondían medidas de fuerza limitadas y objetivos limitados y razonables para el posible despliegue militar estadounidense.

Kissinger, por el contrario afirmaba que lo que estaba en juego no era sólo el petróleo sino el orden mundial y que, por lo tanto, se hacía necesaria una intervención armada masiva, restituir la soberanía a Kuwait y derrocar con rapidez y contundencia a Sadam Husein. Se trataría de eliminar, así, la fuente misma del desorden.

A estas dos posiciones divergentes de la política interna estadounidense se sumaron rápidamente otros puntos de vista que habían de ser tenidos en cuenta, ineludiblemente, y que procedían de las diversas posiciones mantenidas en materia de política internacional por los componentes de la larga lista de países integrantes de la coalición. En este terreno, las contradicciones y las líneas de división eran múltiples como es bien sabido. Primaban sobre todas las diversas posturas en relación con el tema del liderazgo entre los países árabes, el de la presencia de tropas "infeles" en territorio musulmán y, fundamentalmente, la radical oposición a considerarse aliados de Israel en la lucha común contra Iraq.

Todavía era necesario considerar otro punto de vista fundamental para los Estados Unidos. El Presidente George Bush tenía que responder ante su electorado. Cualquier paso en

falso en el desarrollo de la acción militar a decidir podía ser bastante importante para quien ostenta un cargo que depende de la reelección. El llamado síndrome de Vietnam seguía muy presente tanto en el Congreso como en el Senado, y no hay que subrayar que también en el seno de todo el cuerpo electoral.

Con tal perspectiva presente de forma constante en el Puesto de Mando de la Casa Blanca sólo podía surgir una política de guerra dubitativa y a remolque de la situación puntual en cada momento. La que representaba James Baker, Secretario de Estado, frente la de Richard Cheney, Secretario de Defensa. Entre ambos, las decisiones del Presidente George Bush tuvieron que ser siempre difíciles y lentas.

La guerra, así planteada, ya no podía seguir la fórmula de Clausewitz. Se ha dicho, y con razón, que resultaría más bien "la carencia de política prolongada por otros medios".

LA COALICION SE LANZA AL ATAQUE

Al comenzar la segunda quincena del mes de enero de 1991, a la una de la madrugada en el Golfo, despegaban de una base norteamericana instalada en territorio de Arabia Saudí los primeros aviones F-15 que iban a constituir la extrema vanguardia de la que, seguramente, era la mayor formación aérea que jamás había entrado en acción.

Dos horas justas después, una tremenda explosión era escuchada por cuantos espectadores seguían el programa de noticias de la Compañía de televisión CNN transmitiendo en directo desde Bagdad. Eran, en aquel momento, las diecinueve horas en Washington y acababan de empezar los bombardeos y los ataques con proyectiles "inteligentes" sobre una serie de objetivos militares iraquíes cuidadosamente seleccionados.

La ruptura de hostilidades propició la creación de un fuerte estado emocional en la cúpula política de los Estados Unidos reunida en torno del Presidente Bush en la Casa Blanca. A lo largo de las jornadas siguientes esta ansiedad se traduciría en mo-

mentos de intensa euforia optimista a los que seguirían etapas de desconcierto, desánimo y decepción.

Efectivamente, a poco más de doce horas de la primera explosión sobre la capital iraquí y a la vista de la profusión de fotografías tomadas desde satélites que mostraban la magnitud de los desperfectos ocasionados en los diversos objetivos atacados, así como de las imágenes que machacantemente repetía la televisión y en las que podía comprobarse la precisión con que los proyectiles "inteligentes" destruían sus correspondientes blancos, el Secretario de Estado, Baker, se atrevió a insinuar que seguramente podrían pensarse ya en la posibilidad de suprimir la proyectada ofensiva terrestre que debía seguir a la aérea. Desde su punto de vista la acción emprendida desde el aire sería suficiente para conseguir unos resultados definitivos en un corto plazo de pocas horas. Con ello se evitarían las bajas humanas que, inevitablemente, comporta un ataque convencional.

Baker tenía puesto el pensamiento, obsesivamente, en los planteamientos estrictamente electorales. Desde un análisis correcto de la situación en aquel instante, la insinuación era precipitada cuando menos y probablemente errónea y atolondrada.

Así lo entendió el Presidente Bush que templó este entusiasmo inmoderado; siempre había temido al optimismo que según él conducía primero a la euforia y luego a la ceguera.

El primer indicio de que los resultados del ataque aéreo no eran óptimos surgió el mismo día 17 de enero cuando, contra todo pronóstico, cayó sobre Israel una lluvia de misiles Scud. Los informes oficiales norteamericanos aseguraban haber sido destruidas, prácticamente, todas las bases de lanzamiento. La realidad demostró que habían sido eliminadas, muy concienzudamente por cierto, una serie de "señuelos" de plástico colocados por los iraquíes para despistar al enemigo.

Por otra parte, antes de finalizar la tercera jornada de ofensiva aérea ya pudo comprobarse que "los aviones aliados efectuaban más de dos mil salidas por día y los balances transmitidos por el Pentágono a la Casa

Blanca eran sin embargo sorprendentemente modestos. De los setecientos aparatos que componían las fuerzas aéreas iraquíes, sólo se habían destruido once".

Tal como dijo uno de los colaboradores del Secretario de Defensa, Cheney: "Ayer tuvimos que enfrentarnos a la euforia, hoy debemos hacer frente al escepticismo".

Según datos obtenidos posteriormente, al cabo de una semana de operaciones aéreas las fuerzas aliadas habían lanzado sobre Iraq y Kuwait dos veces más bombas que sobre Alemania durante todo el año 1944. Para incrementar los resultados prácticos, se inició una segunda fase de la ofensiva aérea con intervención de los famosos B-52, cuya potencia de destrucción producía unos efectos devastadores aunque con una precisión relativa. Ya no se dieron más por televisión aquellos videocasetes que mostraban los objetivos y los impactos.

Cuando las operaciones se dieron por finalizadas, una declaración oficial señalaría los siguientes datos: ochenta y una mil novecientas ochenta toneladas de bombas clásicas habían tenido un índice de precisión de sólo el 25%. Las bombas guiadas por láser y otros misiles sofisticados, que tanto habían sido divulgados en las pantallas de televisión, sólo habían representado el 7% del total de los proyectiles lanzados sobre objetivos iraquíes.

A finales del mes de febrero, después de casi cuarenta días de masivos bombardeos, los gráficos que en la sala de mando del Cuartel General de Riad actualizaban la situación de las fuerzas iraquíes señalaban que un cincuenta por ciento de ellas habían sufrido los efectos de estos bombardeos y que su potencial se había visto reducido por lo menos a la mitad. Pero que las unidades de la Guardia Republicana, la élite del ejército de Sadam Husein, conservaban sus fuerzas prácticamente intactas.

EMPIEZA LA OFENSIVA TERRESTRE

Tras treinta y ocho días de ofensiva aérea se había conseguido "ablandar" espectacularmente al enemigo.

El Mando de las Fuerzas Armadas norteamericanas, a la cabeza de una amplia alianza multinacional, había demostrado una capacidad organizativa y una competencia técnica verdaderamente admirables además de contar, en la práctica, con una potencia de fuego aéreo aplastante.

Sin embargo, la brillante acción aérea desarrollada ponía de relieve abiertamente -una vez más- que no poseía una capacidad resolutive total.

Sólo las Fuerzas terrestres pueden tomar y mantener el terreno; atacar, superar en la maniobra, cercar y derrotar a otras Fuerzas terrestres; ocupar los centros políticos, económicos y administrativos del enemigo; explotar el éxito conseguido y forzar la rendición.

A las veinte horas del día 23 de febrero (en Washington) que correspondían a las cuatro horas de la madrugada del 24 en el Golfo, el general Schwarzkopf lanzaba sus tropas al asalto de la posición enemiga. Seis Cuerpos del Ejército flanqueados al oeste por una División Blindada Ligera francesa, reforzada con una Brigada aerotransportada norteamericana, componían el despliegue aliado que estaba totalmente apoyado desde el aire y recibía además la valiosa colaboración estratégica de las Fuerzas navales que materializaban operaciones de bombardeo en la zona costera de Kuwait y de decepción con la amenaza de un supuesto desembarco anfíbio.

No corresponde al objetivo de este artículo detallar el desarrollo de la maniobra ofensiva terrestre. Pero sí señalar inmediatamente que las fuerzas iraquíes desplegadas en la primera línea, las más afectadas por la anterior acción aérea tanto en el aspecto material como en el psicológico y el de la desarticulación sufrida por sus canales de mando, se rindieron en masa y rápidamente sin llegar a combatir, incluso, en bastantes casos. Se trataba de tropas bisoñas de poca categoría y poco motivadas.

Sin embargo, el día 27 de febrero, otras unidades iraquíes presentaron todavía diversos grados de resistencia y emprendieron algunos contraataques de importancia. Deben señalarse, en este aspecto, los combates

sostenidos por el Séptimo Cuerpo de Ejército y la 24 División de Infantería Mecanizada, norteamericanos, contra unidades de la Guardia Republicana que determinaron el desarrollo de lo que algunos comentaristas han calificado como la mayor batalla entre carros de combate desde la Segunda Guerra Mundial y que se prolongó a lo largo de unas 16 horas, aproximadamente.

Ese mismo día Sadam Husein hizo público, en un discurso, que acababa de dar la orden a sus tropas de abandonar sus actuales posiciones y retirarse a las que ocupaban el día primero de agosto anterior.

En la Casa Blanca hizo su aparición, una vez más, el fantasma de las preocupaciones electorales. Cheney y Powell deseaban prolongar las hostilidades por lo menos otras cuarenta y ocho horas para entrar de lleno en la fase de explotación del éxito en el plano estratégico y destruir totalmente al enemigo.

Bush no compartió este análisis. Decidió proclamar unilateralmente el alto el fuego. Entendió que el triunfo ya era total y necesitaba con urgencia "cobrar los intereses". Había conseguido romper el "síndrome de Vietnam".

Muchos especialistas se han preguntado con frecuencia cuáles fueron las razones profundas que llevaron a George Bush a dar por terminado un conflicto que para alguno de sus consejeros no había concluido. Entre éstos estaba el general Schwarzkopf que señalaba, con un aire un tanto desencantado, que "nadie hubiese podido evitar que llegásemos a Bagdad".

Se ha alegado, como explicación interesada, que las Fuerzas coaligadas carecían de título válido jurídico para proseguir su ofensiva una vez que el Ejército iraquí había sido desalojado de Kuwait. Opinamos que tal argumento no es válido toda vez que en la Resolución 678 (1990) adoptada por el Consejo de Seguridad de la ONU el 29 de noviembre anterior se dice textualmente que se autoriza a los Estados miembros a que "utilicen todos los medios necesarios para hacer valer y llevar a la práctica la Resolución 660 (1990)...

y para establecer la paz y la seguridad internacionales en la región".

Desde el punto de vista estratégico militar, la única interpretación que cabe aceptar de la última frase transcrita no puede ser otra que la de anular la causa productora de tal falta de "seguridad internacional en la región". Dicho sin más circunloquios: la destrucción de la capacidad ofensiva iraquí.

Con independencia de que pudieran existir otros razonamientos de tipo político que condicionaban el curso de los acontecimientos, primó, en la mente de George Bush, la idea de encontrar un símbolo que impresionara a la opinión pública a la vista del próximo proceso electoral. Y lo encontró con facilidad.

Si se declaraba el alto el fuego a partir de la medianoche de ese mismo día 27 (en el horario de Washington) la ofensiva terrestre habría durado exactamente cien horas. "La guerra de las cien horas" podía ser un titular periodístico de impacto.

Y cumpliendo tal punto de vista, el Presidente norteamericano apareció ante las cámaras de televisión para anunciar el alto el fuego a partir de la medianoche de Washington.

Sadam Husein se limitó a coger la ocasión al vuelo. Ordenó a sus tropas que "respetaran el alto el fuego norteamericano" y se proclamó solemnemente vencedor de la confrontación.

UN TRIUNFO ALIADO AMBIGUO

En el curso de la señalada aparición televisiva, el Presidente Bush hizo la siguiente declaración: "Kuwait ha sido liberado, el Ejército iraquí vencido. Hemos alcanzado nuestros objetivos militares".

Inevitablemente, al releerla no podemos por menos que sentir -en forma subliminal- un extraño escalofrío que recorre el fondo profundo, y todavía no demasiado lejano, de nuestros recuerdos. Hace poco más de cincuenta años los españoles asistíamos también a la lectura de un parte bélico que ponía fin a nuestra contienda civil. Ahora nos parecía estar oyéndolo otra vez, casi al pie de la

letra.

Sin embargo existían dos diferencias fundamentales que vamos a subrayar; después de dejar sentado que ambos comunicados contienen idéntico párrafo esencial según el cual "se ha alcanzado los objetivos militares":

1.- En el norteamericano, la premiación anterior a tal afirmación asegura que el Ejército iraquí ha sido "vencido" lo que a la vista de los hechos relatados es una afirmación totalmente subjetiva y discutible. En efecto, en un trabajo muy reciente aparecido en la "Revista Militare" italiana se señala que el Ejército iraquí cuenta todavía en perfecto estado de servicio y encuadramiento orgánico militar con casi tres mil carros de combate (aproximadamente el triple que el propio Ejército italiano) y 9.480 vehículos acorazados (casi el doble que los italianos) entre otros materiales de guerra de idéntica significación potencial. Además, Sadam Husein no se ha declarado vencido.

En el parte español se decía, más concretamente y sin posibles interpretaciones subjetivas, que el Ejército adversario estaba "cautivo y desarmado" lo que no se había producido, en el caso del conflicto del Golfo que se contempla, con los Ejércitos de Iraq en su conjunto.

2.- El redactor del comunicado norteamericano, a diferencia del autor español que comentamos, no se atrevió a incluir -como frase final del mismo- la afirmación casi obligatoriamente sacramental en estos casos:

LA GUERRA HA TERMINADO.

Al no haberse realizado -por decisión superior de orden político- la explotación del éxito como fase final de la ofensiva terrestre, prevista en las Doctrinas de todos los Ejércitos del mundo, la guerra no había terminado.

El conflicto del Golfo, después de cinco meses y medio de fuertes tensiones diplomáticas, casi cuarenta días de una masiva acción aérea y cien horas de una ofensiva terrestre incompleta se había transformado en una GUERRA INACABADA. ■